# Prólogo

Vivimos rodeados de política. Es imposible sustraerse a este hecho. Al margen de cómo se la defina, al margen de la ideología personal de cada uno, la política atraviesa todas las dimensiones de nuestra vida. Detrás de lo que comemos, de las carreteras por las que nos desplazamos, de los servicios que usamos o de los que carecemos, etc. siempre hay decisiones políticas, objetivos políticos, ideologías políticas.

Pero la política no se reduce ni al Estado ni a la actividad de nuestros representantes, los políticos profesionales. Hace tiempo que en las sociedades occidentales se evidenció que la política trasciende los canales establecidos; que también se hace política en la calle; que la política crea sus propios espacios y tiempos. Esta convicción se ha agudizado desde la crisis económica de 2008, que contribuyó, junto a otros factores, a una profunda desafección hacia nuestros representantes políticos. Desde entonces, y más que nunca, se ha hecho evidente que somos seres políticos, que todos participamos en la vida pública de nuestras sociedades. Nótese que no estoy afirmando que *debemos* participar en la política, que es una divisa clásica de la tradición republicana. Lo que afirmo es que, de hecho, lo queramos o no, participamos, pues la inhibición,

el dejar en manos de otros la suerte común, es otra forma de participar, de intervenir por omisión.

Naturalmente, participar en política no equivale a dedicarse profesionalmente a ella. La forma más sencilla de participar es hablando; se hace política con las palabras, con los conceptos. Todos disponemos de las palabras. El vocabulario refleja y a la vez condiciona nuestra experiencia, también la experiencia política. Cotidianamente usamos los conceptos políticos y, a la par, éstos nos influyen, nos determinan. De manera espontánea describimos situaciones, evaluamos acciones políticas, enjuiciamos el comportamiento público de alguien. Sobre todo en el caso de las conductas públicas, es imposible separar su descripción de su evaluación. Esto es lo que queremos reflejar cuando afirmamos que el lenguaje político es normativo, crítico.

Lo mismo sucede en el ámbito académico, es decir, en el uso especializado, controlado y técnico del lenguaje político. Disciplinas como la ciencia política, la teoría crítica o la filosofía política, todas ellas íntimamente relacionadas entre sí y a veces difícilmente diferenciables, se sirven de los conceptos políticos para describir y enjuiciar, para explicar y evaluar los fenómenos políticos que nos rodean.

Los conceptos políticos son las principales instituciones políticas. Esto es así porque reflejan a la par que condicionan nuestra experiencia política; porque describen e inseparablemente enjuician los comportamientos y fenómenos políticos; porque representan usos y significados pasados y presentes, pero no de manera unívoca, sino de forma que reclaman una lucha por apropiarse e imponer un sentido; etc. Los conceptos políticos son índices y factores de nuestra experiencia política, de nuestras expectativas y posibilidades futuras.

Si esto es así, hoy más que nunca se hace necesario un trabajo de crítica de nuestros conceptos políticos, de análisis de nuestro

vocabulario político, de reflexión acerca del lenguaje político. Éste es una herencia que viene de lejos. Y, al igual que toda realidad antigua, precisa ser analizada en busca de adherencias, imperfecciones, aporías, insuficiencias, etc. Se trata de contrastar si nuestros conceptos políticos siguen conservando su capacidad para reflejar nuestras experiencias políticas, para auspiciar otras nuevas, etc. O si, por el contrario, han agotado su potencialidad representativa y constituyente y deben ser renovados. Por todo ello se comprende que el trabajo de análisis y de crítica de nuestros conceptos políticos constituye un modo de participar en la vida pública de forma reflexiva y responsable.

Una tesis fundamental de este libro es que la historia de los conceptos políticos desarrollada por el historiador alemán Reinhart Koselleck (1923-2006) constituye una metodología extraordinariamente plausible para ejercer la crítica política y, en esta medida, para participar en la vida pública. Obviamente, dicha metodología conforma un artefacto teórico sumamente sofisticado cuyo conocimiento no está al alcance de cualquier ciudadano. Ahora bien, sus presupuestos y sus propuestas básicas sí lo son, y permiten sostener y orientar la reflexión política y la acción social de una manera rigurosa y responsable.

Pero donde la historia de los conceptos políticos revela todo su potencial hermenéutico y crítico es en el ámbito de las disciplinas académicas que se dedican al análisis político. Como se irá demostrando a lo largo de este libro, hacer la historia de nuestros conceptos políticos según los presupuestos y las tesis de Koselleck, o inspirados en su obra, constituye una manera fértil y rigurosa de desarrollar una teoría crítica en general y, específicamente, una filosofía política crítica orientadas a la descripción y a la evaluación de los fenómenos políticos de la sociedad actual.

En cuanto al objetivo y la estructura de este libro, en él se reconstruye y analiza la historia de los conceptos políticos a partir de

múltiples obras en las que Koselleck ha desarrollado su teoría. Se prioriza, por lo tanto, su obra teórica sobre la directamente positiva o historiográfica, si bien ambas son difícilmente separables. Para ello, se estructura el contenido en cuatro grandes partes. En la primera se argumenta su privilegiada y extraordinaria funcionalidad como método para la crítica política. En las dos partes siguientes, se exponen y explican lo que puede considerarse los dos aspectos que incluye la historia de los conceptos políticos: en primer lugar, una semántica histórica que se funda en una teoría de la Modernidad y que se orienta, fundamentalmente, a identificar y explicar las condiciones de posibilidad del significado de los conceptos políticos modernos, o sea, de los nuestros. En esta parte, que es la más extensa, se estudian los principales argumentos y definiciones de la obra del historiador alemán. La tercera parte reconstruye su semántica trascendental, que viene a ser una suerte de antropología de carácter especulativo que proporciona las condiciones de posibilidad de las historias entendidas tanto en el sentido de narraciones como en el de *res gestae*. El libro concluye con una cuarta sección dedicada a explicitar la extraordinaria dimensión normativa que encierra la metodología de la historia conceptual, la cual justifica el proponerla como un instrumento esencial para la crítica política rigurosa y la acción social responsable.